

Sobre una imagen de Santa Teresa

Al Rdo. P. Silverio de Sta. Teresa, General de la Orden del Carmen, anotador de las Obras de la Santa, historiador del Carmelo, antiguo amigo y compañero en la Comisión de Monumentos.

En el convento de Madres Carmelitas de la ciudad de Burgos, se conserva, dentro de su clausura, y en el lugar que en sus días fué celda que ocupó la Santa Madre durante su estancia en este convento, y que hoy ser halla convertido en oratorio, una imagen de Santa Teresa, obra maestra de la imaginaria española de aquella época.

La escultura representa a la Santa como Doctora, con el libro y la pluma, en edad ya muy madura, momento de su vida que corresponde precisamente a esta su última fundación. La expresión de su rostro es de patético arrobamiento espiritual extático, muy bien logrado, es a la vez una figura fuerte y sensible, parece que el autor empapado en las obras de la Santa, logró por ello representarla con tanto acierto.

Pero esta imagen burgalesa, no obedece a un impulso aislado de su autor, pues la Santa dejó tras de sí esparcido un reguero espiritual que derrama en Castilla, arraiga en ella y reflejando en su arte, da origen a este tipo de imágenes emotivas, espejo bien patente del sentir español de aquellos días, que tan brillantes huellas nos legó en la escultura patria.

Expuestas ya estas impresiones elogiosas de la imagen, su autor y su época, hijas quizá, de aquel ambiente místico del lugar donde está emplazada, tan adecuado para inducir a ellas, vamos a pasar a su estudio bajo su aspecto artístico.

Pertenece la escultura a un grupo de retratos de la Santa que se inicia, pese a sus defectos pictóricos, con el conocido lienzo de Fray Juan de la Miseria, en el cual debió inspirarse, indudablemente Gregorio Fernández para las espléndidas esculturas que encabezan la serie.

Este artífice, que debió nacer (1) en 1566, y que no aparece noticia suya hasta 1605, en que trabajaba en Valladolid en la fabricación de un templo, murió en esta ciudad en 1636, por lo tanto al fallecer Santa Teresa el 4 de octubre de 1582, solamente contaba Gregorio Fernández 16 años, edad harto prematura para retener en la mente la figura de la Santa, si es que llegó a conocerla.

(1) Breve Historia de la Escultura Española, por María Elena Gómez-Moreno, página 77.



Imagen de Santa Teresa de Jesús, que se venera en la celda que ella ocupó (hoy convertida en oratorio), de las Madres Carmelitas Descalzas de Burgos.

(Véase el artículo del Sr. Monteverde, pág. 650).

Encabeza la serie de esculturas de este tipo, Gregorio Fernández, al que sigue un plantel de discípulos anónimos, por desgracia hasta el presente, con su grupo de la «Aparición de Cristo a la Doctora Mística», del convento de Santa Teresa de Avila, única modalidad en que aparece aquélla despojada del manto; a ella sigue la de Valladolid, hecha en 1627, después el admirable busto del Conde de Güel, y tras éste la de San Felipe de Alcalá.

En el claustro de la Catedral de León se conserva una imagen del mismo tipo que la de Valladolid como copia de ella (1). Otra importante de este grupo es el busto descubierto en Toro por D. Manuel Gómez-Moreno (2), con el número 400 de este modo: «Busto-relicario de Santa Teresa, de madera estofada, de tamaño algo menor del natural y notable por su expresión y parecido; corresponde a un discípulo incógnito de Gregorio Fernández, que aquí, en Toro, dejó muy buenas obras.»

Hay otra imagen en Toro, en un retablo de la iglesia, que es la que más se acerca a la de Burgos, por su arte y por la edad madura de la Santa.

En este conjunto de imágenes se observa un decidido propósito de dar a una misma figura más avance en la edad, según el momento o circunstancias en que se quiso representar a la Santa siguiendo paso a paso su evolución de decadencia física.

Según la tradición del convento de Burgos, tendríamos también que atribuir esta imagen a Gregorio Fernández, pero la técnica de los paños distinta, salvo la bocamanga, en cuadro con el busto de Güel, denuncia a otro autor, mas éste siguió tanto en ella al maestro, que a veces parece confundirse con él. El encaje del rostro de un rectángulo modismo común a las imágenes de Gregorio Fernández, sus manos femeninas y carnosas; la blandura de carnes tan bien conseguida, nos acerca mucho a la técnica personal del maestro.

¡Lástima que incendiado el convento durante la invasión francesa pereció en él su archivo, privándonos con ello de conocer con notoria certeza quién fué su autor!

Sirvan de pretesto estas mal pergeñadas líneas para dar a la estampa un gráfico de tan notable escultura, preciado eslabón de la iconografía teresiana, la cual queda allí en la alegre y soleada celda, santo lugar donde moró la Santa.

JOSE LUIS MONTEVERDE.

(1) Debo manifestar mi gratitud al Sr. Gómez-Moreno por los datos que me ha facilitado para este estudio.

(2) Gómez-Moreno: «Catálogo Monumental de Zamora», pág. 205, lám. 258.